

El gran comandante

SALADINO AL-AYYUBI



Joylino

SALADINO

De niño a gran héroe

El río Tigris fluía junto a Tikrit. Tras las murallas de piedra de la ciudad, nació un pequeño bebé.

Lo llamaron Yusuf.

Todavía no sabía montar a caballo ni leer un libro. Con sus manitas, sujetaba el dedo de su madre.

Años después, esas manos tomarían las riendas de un gran ejército y se tenderían hacia quienes necesitaran ayuda.

Aquel niño crecería y dejaría huella en la historia por su valor, su inteligencia y su generosidad.

Su nombre llegaría a ciudades lejanas y su historia se contaría durante siglos.

Aquel niño era Saladino.



La vida del pequeño Yusuf comenzó entre viajes. Con su familia, fue a otras ciudades y conoció nuevas calles y nuevas personas.

Creció rodeado de libros y de personas sabias. Escuchó sus lecciones, aprendió sobre su religión y amplió sus conocimientos.

Su padre trabajaba en el gobierno de la ciudad. Su tío Shirkuh era un comandante experimentado. Yusuf creció aprendiendo de ellos.

Aún le quedaba mucho por aprender.

Un día tomaría decisiones importantes y sería responsable de muchas personas. Pero antes debía prepararse.

Así comenzó el largo camino de Saladino: aprendiendo, esforzándose y creciendo paso a paso...



Con el tiempo, el pequeño Yusuf creció.

Ante él se abrían caminos mucho más largos que los de los patios de la escuela. Partió hacia Egipto con su tío Shirkuh.

El polvo se alzaba bajo los cascos de los caballos y el camino se volvía una fina línea en el horizonte. Al final los esperaba la tierra del Nilo.

Egipto vivía días difíciles. Distintos grupos luchaban por gobernar el país.

Allí Saladino asumió tareas importantes. Afrontó dificultades y ganó experiencia.

Cuando murió su tío, recibió una gran responsabilidad: se convirtió en visir.

Desde entonces, sus decisiones afectarían a miles de personas.



Con el tiempo, Saladino se convirtió en sultán del Estado ayubí.

Cada día llegaban noticias, preguntas y peticiones de ayuda. Había que proteger las ciudades, gobernar el país y atender las necesidades de la gente.

Durante su reinado se construyeron escuelas, hospitales y puentes.

Los alumnos entraban en las escuelas, los enfermos buscaban cuidados en los hospitales y los viajeros cruzaban los puentes.

La responsabilidad de Saladino llegaba hasta las calles más pequeñas de sus ciudades.

Mientras fortalecía su país, también mejoraba la vida de las personas.

Pero aún lo esperaba una gran lucha que duraría años.

A lo lejos, una ciudad lo aguardaba: Jerusalén.



Jerusalén era una ciudad sagrada. Allí se encontraba la primera alquibla, el lugar hacia el que los musulmanes dirigían originalmente sus oraciones.

Años antes de nacer Saladino, un ejército cruzado había conquistado Jerusalén. Hubo una terrible matanza y murieron muchas personas que no podían defenderse.

Durante las cruzadas también hubo matanzas en otros lugares. Familias enteras tuvieron que dejar sus hogares y las guerras causaron un gran sufrimiento.

Saladino quería recuperar Jerusalén. Ese objetivo también formaba parte de su deber de proteger a su pueblo de los ataques.

Pero antes tenía que unir las fuerzas dispersas.

El camino hacia Jerusalén era largo. Exigía paciencia y determinación.



Saladino se preparó durante años. Dialogó y llegó a acuerdos. Reunió una gran fuerza en Egipto y Siria.

No todos los pasos fueron fáciles. A veces esperó; otras veces volvió a intentarlo.

Para recuperar Jerusalén, debía enfrentarse al ejército cruzado.

En el caluroso verano de 1187, los ejércitos se encontraron en las colinas de Hattin.

Saladino dirigió a sus soldados. Los largos años de preparación se ponían ahora a prueba.

La batalla fue dura. Al final, venció el ejército de Saladino.

La victoria de Hattin fue un gran logro que dejó huella en la historia.

Ahora el camino hacia Jerusalén estaba abierto.



Por fin aparecieron las murallas de Jerusalén.

Altos muros de piedra... Puertas cerradas... Detrás, casas y calles estrechas...

Saladino estaba ante la ciudad que llevaba años intentando alcanzar.

Comenzó el asedio. Pasaban los días y la gente esperaba dentro. Madres, padres, niños... Sus vidas dependían de cómo terminara la lucha.

Balián, que defendía la ciudad, fue a reunirse con Saladino.

Ambas partes hablaron sobre las condiciones de la rendición. Tras la larga lucha, llegaron a un acuerdo.

Los combates terminarían.

Las puertas de Jerusalén se abrirían.



2 de octubre de 1187...

Las puertas de Jerusalén se abrieron. Saladino llegó a la ciudad que llevaba tantos años intentando alcanzar.

El gran comandante había logrado su objetivo.

La matanza que había seguido a la llegada del ejército cruzado años atrás no se repitió cuando él tomó la ciudad.

Según el acuerdo, la mayoría de quienes se marchaban debía pagar un rescate. Saladino consiguió que muchas personas pobres fueran liberadas sin pagarlo.

Jerusalén y sus habitantes quedaban bajo su protección. Defendería la ciudad de nuevos ataques cruzados.

Saladino sería recordado tanto por su gran victoria como por la misericordia que mostró.



Comenzaron las obras de reparación en Jerusalén.

Los artesanos se pusieron a trabajar. Se restauraron la mezquita de Al-Aqsa y la Cúpula de la Roca. Para la ciudad comenzaba una nueva etapa.

Pero la lucha aún no había terminado.

Llegaron nuevos ejércitos cruzados desde Europa. El rey Ricardo de Inglaterra también participó en la guerra. Saladino volvió a luchar para proteger Jerusalén y sus territorios.

Pasaron años largos y agotadores. A veces avanzó; otras veces retrocedió.

Finalmente, en 1192 se alcanzó un acuerdo. Jerusalén siguió bajo su gobierno. Los visitantes cristianos también podrían acudir a sus lugares sagrados.

El ruido de la guerra se apagó por un tiempo.

Ahora podrían oírse los pasos de los visitantes en los caminos.



Tras sus largos viajes, Saladino regresó a Damasco.

Volvía a la ciudad donde había crecido. Ahora era un gran gobernante, conocido incluso en tierras lejanas.

A lo largo de su vida había ayudado a muchas personas y compartido su riqueza con generosidad.

En 1193 enfermó y murió.

Dejó un gran Estado, pero muy poco dinero propio.

Quienes lo habían conocido contaron los días que compartieron con él. Los historiadores escribieron su vida en los libros.

Pasaron los años. Los niños crecieron. Las ciudades cambiaron.

Pero nadie olvidó cómo el pequeño Yusuf se había convertido en un gran comandante.

La historia de Saladino atravesó los siglos y llegó hasta nosotros.



Ahora tú estás leyendo esta historia.

Saladino también fue un niño. Tenía lecciones que aprender, dificultades que superar y una larga vida por delante.

Se esforzó, creció y se convirtió en un gran comandante y un héroe valiente. Dejó una profunda huella en la historia.

Tu camino quizá comience con un libro que leas hoy. O el día que ayudes a un amigo o te enfrentes a una injusticia...

Al aprender, cumplir tus promesas y tratar bien a los demás, tú también puedes dejar una hermosa huella en el mundo.

Quizá algún día surjan nuevos Saladinos entre nosotros.

Personas que den esperanza con su valor, guíen con su saber y protejan con su compasión...

Quizá tú seas una de ellas.

